

69: Tiempo limitado

- La carrera perfecta

- 69: Tiempo limitado - La carrera perfecta

69: Tiempo limitado - La carrera perfecta

La visión de Ryan se volvía borrosa. Le costaba concentrarse; la oscuridad acechaba en el borde de su visión, y su fuerza lo abandonaba. Ni siquiera podía sentir sus piernas, y todo su cuerpo se sentía frío.

Quizá era por la pérdida de sangre, o por los daños que sufrió en la batalla con Pluto. O tal vez, por obra de Eugène-Henry, ya que el gato apareció de la nada frente a Ryan. El felino miró al genoma atrapado sin emitir sonido, como un guía del inframundo.

“¡Fortuna!”

Sobre la cascada, un horrorizado Gato Atómico sostenía a su hermana en sus brazos, con sangre brotándole del pecho. El cadáver de Pluto caía por la corriente, con un agujero en la frente. El río arrastraba a la Underboss hacia su último descanso; su maldición había sido liberada y los bosques retornaron a la normalidad, aunque a un precio.

Fortuna había dado un disparo afortunado... pero ni siquiera la suerte podía engañar a la muerte en su destino.

“¡Fortuna!” gritó Félix, intentando cubrir la herida de su hermana con la mano y evitar que siguiera sangrando. Ryan sabía lo suficiente de medicina para comprender que era inútil. Si tuviera las herramientas y la energía, quizás podría haberla salvado.

Aún así, él la salvaría. Él los salvaría a todos en la próxima oportunidad.

Al final, solo Ryan cargaba con la maldición de la inmortalidad. Solo él podía soportar esa carga.

Mientras comenzaba a perder el conocimiento, Ryan notó la sombra metálica moviéndose río arriba. Una sirena con armadura de poder cruzando el río para rescatarlo.

“¡Riri!” gritó Len con horror, corriendo a su lado y apartando rápidamente los restos que lo mantenían atrapado. “¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!”

Len...

Siempre allí para salvarlo cuando todo parecía perdido.

“Debo irme ahora.”

Por un momento, el mensajero pensó que había hablado en voz alta, hasta que comprendió de dónde provenía aquella voz desprendida.

Algo hablaba a través de Eugène-Henry, usando la propia voz de Ryan.

“Lo demás,” el gato miró a los ojos al mensajero, su mirada felina brillando en púrpura con la sabiduría de las estrellas, “depende de ti.”

Un destello de luz violeta deslumbra a Ryan, quien perdió el conocimiento.

Al abrir los ojos, la melodía de La Internacional lo acompañaba.

El techo era de un rojo carmesí, y frente a él había un retrato de Marx y Engels. Un aparato intravenoso le administraba anestesia en el brazo derecho, justo al lado de una silla de ruedas steampunk hecha de cuero y estaño.

Maldita sea, ¿había despertado de nuevo en un laboratorio soviético escondido? ¡Ya basta con esas experiencias!

Los ojos de Ryan vagaron por su alrededor, su cuerpo pesaba como si fuera de plomo; le costaba respirar correctamente y le picaba el pecho. Lo más inquietante era que no podía sentir nada por debajo de la cintura, incluyendo su arma más peligrosa. Incluso Vamp murió en un intento de apoderarse de ella.

Estaba en una cama de hospital, con un televisor y una ventana que daba a un abismo submarino. Sentada en una silla frente a él, la pequeña Sarah leía “La tierra hueca y sus secretos” de Jules Verne. No se había dado cuenta de que había despertado.

Ryan giró la cabeza, mirando otra cama cerca de la suya. El Gato Atómico yacía medio escondido bajo la sábana, contemplando el techo con ojos vacíos. Los vendajes cubrían su torso, y él también tenía un sistema intravenoso.

“¿Felix?” La voz de Ryan sorprendió a Sarah, quien cerró apresuradamente su libro. “¿Gatito?”

Nada.

Ni siquiera respondió el Gato Atómico. Su mirada era un abismo vacío, una mirada perdida a la distancia.

“Ha sido así desde que Ma te trajo,” dijo la Pequeña Sara con ceño fruncido. “No responde cuando le llaman. He visto esa mirada antes en Rust Town. Está roto por dentro y no volverá.”

“Lo hará.” Ryan lo sabía por experiencia. “Al final, cuando ya no pueda masticarte, el abismo te escupe de vuelta.”

Por supuesto, probablemente la mensajera retrocedería en el tiempo antes de que Atom Cat terminara ese proceso de sanación. Aunque la molestara, no podía permitir que Fortuna

permaneciera muerta. No después de que ella entregó su vida para salvar a su hermano.

“Ahora que estás despierto, levántate de la cama,” dijo la Pequeña Sara, antes de darse cuenta de lo evidente. “En sentido figurado, quiero decir. ¿Cómo te sientes?”

“Sin mis piernas, como Christopher Reeves.”

“No sé quién es ese.”

“Por eso no puedo soportarte.”

“Al menos todavía tengo le—” La Pequeña Sara se detuvo de repente al juntar las piezas. “¡Oh, ya entiendo el chiste! ¡No puedo soportarte!”

“Ahora, si puedes traerme la silla de ruedas,” dijo Ryan, mirando su nuevo Plymouth Fury. “Te dejaré empujarme un poco, pero por favor, no hables a mis espaldas.”

“¿Quieres que te busque un lugar para aparcar?” respondió la Pequeña Sara, dejando a un lado su libro y ayudando a Ryan a subir a la silla. Como esperaba, el resto del cuerpo de la mensajera tampoco había escapado a los vendajes. Tenía casi tantas como una momia egipcia.

“Es un comienzo, pero necesitas aprender pun-fu,” dijo Ryan. “¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?”

“Ma te trajo anoche,” respondió ella, sujetando la barra que sostenía el sistema intravenoso y acoplándola a la silla de ruedas. “Los demás huérfanos apostaron sobre tu muerte. La mayoría decía que no lo lograrías.”

Espero que apostaste por mí.”

Si podía confiar en su sonrisa, ella sí lo hacía. “Sí, eres demasiado testarudo para morir y Ma... habría sido un golpe duro para Ma si no despertabas.” Sara miró fijamente a la mensajera. “Lloraba cuando te trajo aquí.”

“No lo planeaba,” dijo Ryan con un suspiro. “¿Puedes llevarme con ella?”

Claro.” La Pequeña Sara empujó la silla hacia la puerta del ‘hospital’, mientras Ryan lanzaba una última mirada a Atom Cat. Felix había dejado de mirar al techo y ahora observaba el abismo submarino fuera del hábitat con expresión vacía.

Ryan no podía culparle. Sus propios padres habían firmado su sentencia de muerte, y una hermana que dejó atrás falleció por él. Eso sacude a cualquiera. “Felix...”

“No quiero hablar,” dijo de repente la Gatita, con voz sin emoción.

Ahora no era el momento. Quizá nunca lo sería.

Sara empujó la silla a través de un pasillo de acero, hasta llegar al taller de Len. Ryan encontró a su mejor amiga reparando su armadura de buceo, la cual había conectado a la Chronoradio y a la tecnología cerebral de Dynamis mediante cables. Algunas partes del traje habían sido reemplazadas por copias del diseño de Jasmine, incluido el casco. Parecía que Len había decidido reutilizar su equipo existente en lugar de crear uno nuevo, quizás por falta de recursos.

Y Eugène-Henry se alzaba sobre un servidor, como una esfinge.

“Riri...” La alivio evidente en el rostro de Len era casi palpable. “Te has despertado.”

“¿Alguna duda?” bromeó él.

Cuando la Genio hizo una mueca de dolor, Ryan se dio cuenta de que debería haber guardado silencio. “Sí, lo hice,” dijo ella frunciendo el ceño. Por primera vez, notó la tonalidad roja alrededor de los ojos de Len, como si hubiera estado limpiándose lágrimas repetidamente. “Pensé... pensé que era demasiado tarde...”

—Eres un idiota —dijo Sarah a Ryan con una mirada severa—. Te daría una patada en la pierna, si no fuera inútil.

—Aún puedes pellizcarme en el brazo si quieres —replicó Ryan, y ella lo hizo. —¡Ay!

—Mereces algo peor —dijo Sarah, antes de mirar a Len con preocupación—. Mamá, deberías descansar. Puedo traerte un chocolate caliente y reconfortante.

—No, está bien. Gracias, cariño —Len forzó una sonrisa hacia Sarah—. ¿Puedes... dejarnos un momento?

La pequeña claramente no quería obedecer, pero lo hizo igualmente. La puerta del taller se cerró tras ella, dejando a Len y Ryan solos.

—Lo siento —dijo Ryan de inmediato.

Len apartó la vista. —No pude salvarla. A la niña. Ya se estaba ahogando en su propia sangre cuando... cuando yo...

—Ella ya estaba muerta antes de que llegaras —Ryan empujó la silla de ruedas hacia adelante, colocando una mano en el brazo de Len. Para su sorpresa, ella no se apartó de inmediato del contacto físico—. Pequeña, no es tu culpa.

Ella apartó su mano. —Si hubiera llegado antes...

—Habrías muerto tú —dijo Ryan—. ¿Quién te dijo dónde estábamos?

—Yo... —Su expresión cambió, de tristeza a vergüenza—. Hackeé tu teléfono. Después de que lo apagaste, tuve que buscarte a pie.

Debería estar enojado con ella por esto, pero la NSA lo hizo primero. Ryan echó un vistazo al dispositivo, y luego a Eugène-Henry. El gato parecía encantado de ver a su amo otra vez, pero su mirada había vuelto a su azul natural. —¿Terminaste la máquina de transferencia de conciencia?

—Creo que sí —afirmó Len con un ceño—. Pero ya no está.

—¿Qué ya no está? —preguntó Ryan con expresión de preocupación.

—Las lecturas energéticas de tu gato. Ya no están. Ahora es un gato normal —Len sacudió la cabeza, mientras Eugène-Henry les mostraba su “trasero real”. —Lo que causó sus saltos de teleportación antes, se detuvo.

Una entidad del Mundo Púrpura había poseído a Eugène-Henry como la felpa, y luego abandonó el edificio.

¿Por qué? ¿Por qué actuó de esa forma? ¿Cuál era el propósito? Ryan no lograba entenderlo aún, pero lo haría con el tiempo. —¿Cómo están las cosas en la superficie?

Len estremeció al instante. Claramente, las cosas solo habían empeorado. —Riri, ¿quieres saberlo en serio? Solo acabas de despertar.

—Sí, quiero saber.

Len se acercó lentamente a una computadora conectada a los servidores, escribió en el teclado y le mostró la pantalla.

La cámara que grababa la imagen estaba cubierta de gotas, por lo que Ryan asumió que provenía de un sondeo marítimo. Pero la calidad era suficiente para que el mensajero viera el desastre en toda su magnitud. Un desastre sumamente familiar.

La Nueva Roma se había convertido en un campo de guerra, con los Genomas Augusto y las fuerzas de Dynamis luchando abiertamente en las calles. Los helicópteros de Seguridad Privada lanzaban balas sobre los matones con superpoderes, que respondían con bolas de fuego. Las llamas devoraban edificios, incluido el sede del Il Migliore, que Vulcano y un escuadrón blindado bombardearon con misiles. Pronto surgió una horda de dinosaurios mejorados cibernéticamente desde la torre de Dynamis, enfrentándose en combate cuerpo a cuerpo a los invasores. La panda encabezó la ofensiva.

Wyvern quedó atrapada en un edificio, rodeada de innumerables lanzas y armas afiladas, mientras Marte luchaba contra un colosal monstruo vegetal en los tejados. Sobre el casco urbano se abrieron grietas espaciales, que soltaron espadas y lanzas contra la abominación vegetal. Sin embargo, la criatura contraatacó con lianas tan gruesas como camiones y polen capaz de fundir el acero. Cuando Wyvern logró liberarse, Marte saltó de un tejado a otro, materializando escudos bajo sus pies para escapar, mientras ella se alejaba.

El área había sido inundada por una marea enorme, y cadáveres aparecían en una playa artificial, solo para volver a levantarse y atacar las instalaciones de Dynamis. El propio Neptuno recorría con

furia Rust Town, formando una cantidad astronómica de agua en la forma de un calamar colosal. Un láser vivo cortó uno de sus tentáculos, y pronto se les unieron Devilry y otros. A pesar de sus esfuerzos, el elemental líquido se recompuso rápidamente y continuó su marcha mortal hacia el basurero.

La villa en la cima del Monte Augustus se había convertido en un cráter humeante, sobre el cual dos luces luchaban hasta la muerte; un sol furioso y un relámpago escarlata. Su enfrentamiento era, con mucho, el más aterrador, ambos moviéndose con una rapidez tal que incluso la cámara tenía dificultades para seguirlos. Relámpagos poderosos y explosiones de plasma caían del cielo, devastando el distrito alrededor de la montaña.

La cámara ofrecía una vista panorámica del desastre, llegando finalmente hasta el puerto. Mortimer, Lanka y otros Genomas disparaban sin cesar contra una forma invisible, que casi le daba dolor de cabeza a Ryan simplemente al aparecer en pantalla. Una aterradora criatura eldritch con tentáculos ondulantes como barba, grandes alas oscuras y manos palmeadas; una espantosa mezcla entre calamar y humano, controlada por un tonto Genoma incapaz de dominar su oscuridad adquirida en dominio público. La abominación soltó un grito, cuyas palabras confusas Ryan logró entender.

“¡CTHULHU FHTAGN!”

El Vestuario había sacado el traje apocalíptico. La situación era realmente grave.

“Es... es como si eso ocurriera en toda la costa,” admitió Len, hundiéndose en una silla propia. “No solo en Nueva Roma. También en Sicilia y Cerdeña.”

Era el fin del último ciclo, otra vez. Destruir a Meta solo había retrasado lo inevitable. Mientras los acontecimientos siguieran en su curso actual, Dynamis, el Carnaval y los Augusti estaban condenados a chocar con resultados catastróficos.

Su Carrera Perfecta todavía parecía lejana. “Lo siento, Shortie, pero el Laboratorio Sesenta y Seis será para la próxima vez.”

“Sí,” replicó ella con un ceño fruncido. “¿Fue así antes? ¿La vez pasada?”

“No tan terrible, pero el resultado es el mismo. Adam solo proporcionó una pelea mayor—” El ordenador emitió un pitido. “¿Qué sucede?”

“Una llamada,” indicó Len, frunciendo el ceño mientras tecleaba en el teclado. “Vulcano.”

El corazón de Ryan dio un vuelco. ¿Era esto un rayo de esperanza en medio de otro mal final? “Abre el canal.”

La imagen en la pantalla cambió, pasando del paisaje apocalíptico de Nueva Roma a una joven mujer sentada en una silla.

Pero no era Jasmine.

“Ryan,” dijo Livia con alivio, mientras su rostro aparecía en la pantalla. “Gracias a Dios, como no podía verte, yo... no estaba segura.”

El rostro de Len se torció en un ceño de disgusto, mientras Ryan lo tomaba con calma. “Si estuviera muerto, princesa, esta horrible visita se habría terminado abruptamente.”

“Cierto, pero me preocupa que tal vez no me hayas contado toda la verdad,” respondió Livia con una sonrisa amarga, que pronto se desvaneció por completo. “¿Fortuna está...?”

“Muerta,” admitió Ryan, lo que hizo que el rostro de Livia se llenara de un profundo dolor. “Felix está vivo, pero muy conmocionado.”

Livia quedó completamente en silencio, con la expresión vacía y los ojos mirando hacia abajo. “Yo... lo preveía,” susurró entre lágrimas contenidas, “pero esperaba... esperaba que no... ¿es mi tía...?”

“Fortuna murió defendiendo a su hermano de Plutón, y si hubiera tenido opción, tu difunta tía habrían acabado con Felix también.” Aunque fue directo, Ryan pensó que necesitaba esa dura sinceridad ahora mismo. “Tu padre dio la orden, y Plutón no dudó en ejecutarla.”

“Nunca quise que llegara a esto,” dijo mientras juntaba sus dedos. “Nunca... nunca pensé que esto llegaría a ser así.”

Incluso la expresión de Len cambió a una de compasión, aunque claramente no le agradaba Livia; quizás porque empatizaba con la situación de la princesa mafiosa.

Ryan suspiró. “Haré que todo esté bien,” afirmó con un tono más suave. “Lo arreglaré, otra vez.”

Por fin, Livia levantó la vista. “¿Realmente no hay otra forma?” preguntó, con el tono quebrado. “Nadie lo recordará. Nadie salvo tú. Si nadie más recuerda... volverá a suceder.”

Ryan echó un vistazo a Len, quien negó con la cabeza. Ella había adivinado sus pensamientos y no estaba de acuerdo con la idea. Livia era lo suficientemente inteligente para captar su inquietud. “Tienen un plan para solucionar este problema”, adivinó.

“No podemos decírtelo”, dijo Len antes de que Ryan pudiera abrir la boca. “Nosotros... lo siento, pero no.”

“Eres la Underdiver, ¿verdad? Len Sabino”, afirmó Livia recuperando la compostura mientras se concentraba en Shortie, poniendo su cara de póker. Quizás había comenzado a usar sus poderes para observar y predecir a la Genio. “Sabes todo”.

“Sí”, admitió Len. “Y...yo estaba en contra de que él te lo dijera.”

“Entiendo por qué desconfías de mí, especialmente después de... de lo que hizo mi tía”, dijo Livia, sus dedos nerviosos revelando su vergüenza. “Pero te juro que nunca quise que esto sucediera. Hice todo lo posible por detenerlo.”

A Len no le impresionó mucho. “Pero no pudiste”.

“No. No podía”, afirmó Livia cerrando los ojos y mordiendo sus labios. Ese gesto le recordó mucho a Len, en realidad a Ryan. “Mi padre... normalmente me escucha. Pero no en esto. Ningún argumento, en cualquier escenario que haya visto, podría hacerle reconsiderar. Su odio hacia Hargraves está demasiado profundo.”

“¿Y dónde estás ahora?” preguntó Len con el ceño fruncido. “¿Cómo podemos estar seguros de que no hay otros escuchando?”

“Estoy en un lugar seguro fuera de Nueva Roma, junto a Narcinia. Es una línea privada, se lo aseguro. La línea privada de Vulcan, y ella está demasiado ocupada para escuchar”. Livia aclaró su garganta. “Es... precisamente porque está muy ocupada que llamo ahora.”

“¿Cómo supiste... cómo supiste que Ryan estaba aquí?” continuó Len. “Dijiste que tus poderes no funcionaban con él.”

“No funciona, pero aún puedo ver los resultados de sus acciones después. Busqué una posibilidad en la que pudiera hablar con Felix, y siempre implicaba usar esta línea. Ni siquiera sé dónde estás.”

Ryan aclaró su garganta. “Shortie, creo que basta. No llegaremos a ningún lado con esto.”

Pero Len no quería oír hablar de ello. “Ella te dijo que podía convencer a su padre de que no... no hiciera tonterías. No pudo. ¿Y si se equivoca con nosotros ante Augusto? Riri, ella es una bomba—”

“¡Estaba equivocada, está bien!”

El estallido de Livia sorprendió a todos.

“Estaba equivocada”, dijo la princesa Augusti, su expresión distorsionada por una mezcla de remordimiento, tristeza y desilusión. “Quería pensar que papá... quería que papá no fuera capaz de tanta destrucción. Pero me equivoqué. Incluso Narcinia...”

“No debiste confiar en Augusto”, dijo Len. “Eso estaba escrito en las paredes.”

“¿No confiabas en tus propios padres?” preguntó Livia amargamente. “¿Cuando tus padres te decían algo, desconfiabas de todo lo que decían?”

Len se estremeció, como si le hubieran dado una bofetada. Ese comentario tocó demasiado cerca de su alma.

“Mira...” Livia respiró profundamente, con cierto peso. “Si existe alguna posibilidad de enmendar estos errores, quiero ayudar en lo que pueda. Mi familia causó tanto dolor, y ahora depende de ustedes compensarlos. Ahora entiendo la carga que llevas, Ryan. No estoy ciega. Veo tus heridas. Tras todo lo que sacrificaste por ayudarme a mí y a Felix, quiero devolver el favor. Te lo dije por teléfono. No ayudaste a un ingrato.”

“¿Así que finalmente me crees? Sobre que no éramos enemigos”, preguntó Ryan, y Livia asintió con la cabeza. “Fue difícil, pero lo logramos”.

“Sé que quizás ya sea demasiado tarde, pero... solo tenía miedo, ¿de acuerdo?” Livia miró al mensajero. “Tenía miedo de ti. Eres simplemente... eres aterrador, Ryan. Sabes mucho, pero puedes borrar todo lo que hacemos a voluntad. Lo has hecho innumerables veces. Ninguno de mis poderes funciona contigo. Funcionan con mi padre, pero no contigo.”

Cuando se lo planteas así...

Ryan no dijo nada, en cambio, volvió su rostro hacia una Len en silencio. El mensajero podría haber insistido, pero Shortie había estado a su lado en las buenas y en las malas. Si no confiaba lo suficiente en Livia como para involucrarla en su plan, entonces respetaría sus deseos. Aunque no le agradara del todo.

Al final, el dilema de Len era el mismo que el de Ryan cuando confió en Jasmine durante la pasada iteración. Arriesgarse a abrirse; arriesgarse a la traición y a la desilusión, por un futuro incierto. Atreverse a decir algo, y nunca poder retractarse.

“Nosotros...” Len vaciló, pero finalmente se decidió a hablar. “Estamos intentando desarrollar un sistema capaz de enviar la conciencia de alguien al pasado.”

“¿De verdad?” Una chispa de esperanza apareció en el rostro de Livia. “¿Cómo puedo ayudar? ¿Puedo colaborar?”

“Creé un mapa de memorias de mí mismo,” admitió Len. “Transmitiré mis recuerdos a mi yo anterior. Pero mi sistema... no puedo enviar más de una persona al pasado. Al menos no todavía. Ni siquiera estoy seguro... ni siquiera estoy seguro de que funcione en absoluto. Modifiqué una de mis armaduras basada en el diseño de Ryan, pero... no hay copia de seguridad. No hay manera de asegurarse de que funcione.”

“Una la tienes,” dijo Livia de inmediato, con entusiasmo ante la idea de contribuir. Su culpa le quemaba por dentro, como una herida que supura. “Puede que no conserve mis recuerdos, pero llevo un diario detallado. Podría guardar información y transmitirla a Ryan en la siguiente iteración. Podría registrar el diseño de tu máquina.”

“No,” protestó Len, todavía demasiado suspicaz con respecto a la princesa de los Augusti para renunciar a algo tan valioso. “No, no la máquina. Nunca la máquina.”

“Entonces, el mapa de memorias,” propuso Livia con calma.

El corazón de Ryan dio un vuelco. “¿Podrías grabar eso?”

“Todo son datos, ¿no es así? Líneas de código,” respondió Len con una inclinación cautelosa de cabeza. “Entonces, puedo hacer una instantánea. Si la transferencia falla, tendrás una copia de seguridad.”

El Genio se volvió hacia el mensajero, mirándolo a los ojos. Sería mucho menos arriesgado que proporcionar los planos originales, ya que el mapa cerebral es una masa enorme de datos incomprensibles sin la máquina original o la tecnología propia de Len... pero eso significaba que Livia podía mantener en jaque los recuerdos de Shortie. "¿Riri?"

Tras un breve instante, Ryan asintió con la cabeza. En el mejor de los casos, no les costaría nada; y en el peor... en el peor, podría marcar toda la diferencia. Quería confiar en Livia. El mensajero deseaba pensar que, por una vez, podría confiar en alguien del otro lado del tiempo. Que no estaría solo cuando volviera a empezar.

"Gracias a los dos." Livia hizo una profunda y formal reverencia. "Juro que no los defraudaré. ¿Cuándo devolverán el tiempo atrás?"

"Supongo que sucederá tan pronto como envíe la conciencia de Shortie al pasado," preguntó Ryan, mirando a su amiga.

"Sí," afirmó Len con un asentimiento. "Mi sistema debería provocar un... una finalización anticipada, en cuanto se envíe el mensaje."

Una forma educada de decir que eso acabaría con Ryan.

"¿Es...?" Livia aclaró su garganta, intentando encontrar las palabras. "¿Es posible que hable previamente con Felix?"

"Conectaré tu alimentación a su televisor," dijo Len. "Y también te enviaré el mapa de memoria."

"Gracias," dijo Livia con una sonrisa triste. "Gracias."

Len cortó la conversación, la pantalla se volvió negra. "No te gusta," dijo Ryan.

"No, Riri. No, no me gusta. Si algo sale mal, ella tendrá mi vida en sus manos. Si fallo, yo... seré su rehén, y ella podría usarme en tu contra. ¿Entiendes eso, Riri?"

"Lo entiendo." Frunció el ceño. "Pero, ¿por qué se lo dijiste si no confías en ella?"

"Porque confío en ti, Riri," respondió Len. "Y... también tuve miedo de ti alguna vez. Pero me equivoqué."

"Gracias, Pequeño." Maldición, tenía arena en los ojos. "Si el mundo fuera justo, recordarías estas palabras."

"No es así," dijo ella, mirando hacia otro lado. "Pero... espero estar equivocado."

El mensajero miró a su gato, que ahora descansaba sobre el servidor. "Dijo que ahora todo dependía de nosotros," dijo Ryan. "Ayudó, pero ahora... todo está en nuestras manos."

"Yo... no lo entiendo."

"Eugène-Henry. Dijo que tenía que irse, y que el resto dependía completamente de mí ahora." Ahora Ryan lo vio con claridad. La entidad había enviado mensajes de Chronoradio para animar al mensajero cuando pensaba en rendirse, lo llevó a encontrarse con Livia al principio de la carrera, y de manera sutil le brindó ayuda a Len. Posicionó a Fortuna para que salvara la vida de Ryan, e indirectamente convenció a Livia de colaborar. "Puso en marcha eventos para que esta reunión pudiera suceder."

"Eso significaría... que significaría que envió a Fortuna a su muerte a propósito," señaló Len, con escepticismo. "¿Debemos confiar en algo que usa la vida humana con tanta despreocupación?"

"Solo quiero ver lo mejor en las personas. Incluso en horrores interdimensionales, sin prejuicio."

Len no quedó convencido. "A veces, no hay parte buena. Algunas personas son podridas hasta el núcleo."

"Sí, conocí a Big Fat Adam," respondió Ryan con un encogimiento de hombros. "Pero aun así, quiero ver lo mejor."

Busca las estrellas en el cielo nocturno.